

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LUIS ROYO Y VILLANOVA



Gracia fina, pura y sana
y un ingenio exuberante
distinguen al chispeante
cronista de *La Semana*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Puntos de vista, por Eusebio Sierra.—El mejor amor, por Luis de Ansorena.—Un botijo como hay muchos, por Juan Pérez Zúñiga.—Compensaciones, por Luis Calvo y Revilla.—Otra aventura, por Sinesio Delgado.—El mangrero de la Villa, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Concurso de sonetos.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luis Royo y Villanova.—La fuente misteriosa.—Anuncios, por Cilla.



Figueira da Foz.

Donde quiera que voy, llevo conmigo el dulce recuerdo de mi MADRID Cómico. Casi todos los que salen de la corte en verano van a entregarse al recreo y prescinden de sus tareas cotidianas, para pensar solamente en divertirse. Yo no puedo sustraerme a la grata obligación de los artículos, y por muy contento que esté, ya sea en la playa, ya en el casino, ya en el lecho durmiendo la siesta, acude a mi mente la imagen del MADRID Cómico, y dejo la sociedad y lo dejo todo para irme a mi casa a escribir un articulito.

¿Puede haber felicidad mayor que la mía?

Sin ir más lejos, ahora mismo vengo de la playa, donde los bañistas portugueses y españoles se entregan a los regocijos propios del lugar, y mientras ellos gozan lo indecible, yo estoy aquí con mis cuartillitas y mi plumita sacando cosas de la cabeza y diciendo mentalmente:

—¡Qué vida ésta más deliciosa! ¡Qué oficio el mío más encantador! ¡Cuánto más agradable es venirse a casa, a ganar el pan con el sudor de la pluma!...

En fin, que mientras los demás excursionistas sostienen animados diálogos a orillas del Océano y contemplan las formas de las señoritas puestas en remojo, yo me dedico a conversar con los lectores.

El año pasado Espinho, este año Figueira. Decididamente soy un portugués de afición, y bien sabe Dios que en esta tierra se pasa el verano muy a gusto. En primer lugar, aquí nadie habla de Cánovas, ni saben quién es Bosch y Fustegueras, ni Cerbón.

Aquí la temperatura es dulce, el aire purísimo y los comestibles baratos. Llega uno a la estación y se le acerca un bañero preguntándole:

—¿Quiere usted una buena casa con jardín y muebles de lujo.

—Hombre, usted me confunde. ¿Cree usted que soy algún nabab?

—No, señor; ya veo que es usted de Vitigudino, pero esto no obsta para que yo le ofrezca habitación cómoda y elegante.

—Vamos a verla.

Y me voy con el bañero, que se llama Juao da Encarnação Pestana, y que está condecorado por la República francesa con una medalla de valor y mérito por haber salvado de la muerte a no sé qué naufragos.

Juntos vemos varias habitaciones, una de ellas con jardín, y yo me quedo sorprendido al notar que aquí las casas de alquiler son mucho mejores que las que habitamos en Madrid y nos cuestan un ojo de la cara.

—¡Caramba!—digo al bañero.—¡Qué casa tan lujosa! Debe de costar carísima.

—Sí—replica él.—*Esta e muito costossa... ¡Oito libras!*

—¿Por cuánto tiempo?

—Por los meses de Julio y Agosto.

—¿Ocho libras? Treinta y seis duros por dos meses; y me dan

habitación, perfectamente situada, con jardín por delante, jardín por detrás, muebles, utensilios y agua abundantísima. Digale usted al propietario que me quedo con la casa.

Y dicho y hecho: llego al casero y cerramos el trato. De modo que tengo una casa preciosa por diez y ocho duros mensuales, y además de la casa me dan tratamiento de *excelencia*, como a Villaverde, y me bailan el agua, y en cuanto digo que me hace falta un puchero de boca estrecha, ya están el casero y su señora trayéndomelo a toda prisa.

Aquí los propietarios son gente que se desvive por sus inquilinos y tienen la obligación de preguntarles por el estado de su salud todos los días. Estoy a lo mejor tocando la flauta (porque yo toco algo), o quitándole las rodilleras a un pantalón de lana dulce que me ha salido estrecho, o bien me tumbo en el jardín sobre el verde césped, y de pronto entra el casero, preguntándome:

—¿Cómo *possou*?

—Estoy bien, gracias—contesto.

—¿*Teñe vosa excellencia alguma* orden que comunicarme?—replica el casero.

—No; puedes irte cuando gustes—le digo yo, dándole tono.

Porque mis ocho libras, o sean mis treinta y seis duros, me dan derecho para todo.

A mí no me gusta abusar; pero, dada la manera de ser de estos propietarios, estoy por decir el mejor día a mi casero:

—Oye tú, a ver si me cortas este callito del dedo pequeño. ¿Sabes cantar? Pues canta cualquier cosilla mientras yo me lavo.

He podido observar que aquí los de Vitigudino tienen gran importancia. Los portugueses creen que el colmo del honor consiste en ser de Vitigudino, sin duda porque ha habido aquí un *vitigudinense* famoso que compró para él solo una caja de puros en 6.000 reis (60 reales), y siempre que se iba a bañar le regalaba uno al bañero. El caso es que Vitigudino está aquí de moda, y yo paso por hijo de aquella localidad a fin de que me respete todo el mundo.

—¿De dónde es usted?—me preguntan.

—De Vitigudino—contesto yo, levantando la cabeza con aire de superioridad.

Por poco me dan una serenata, y cuando algún portugués quiere hacer elogios de mi persona, se limita a decir poniendo los ojos en blanco:

—*O senhor e de Vitigudino! ¡Qué honrrrrrra!*

Yo no sé si ya he dicho a ustedes que aquí lo pasamos muy bien... Bueno, pues si no lo he dicho conste, que ésta es la verdad.

Después del baño al casino y... baile.

Después de comer al casino... y otra vez baile; después de dormir al casino... y baile otra vez. Diríase que aquí la gente nace bailando.

Ayer estuvo en mi casa un par del reino a pedirme que le prestase una elástica mía, porque él vino de Lisboa sin más ropa que la puesta, y el respetable señor, mientras me contaba sus cuitas y me hablaba de la mala situación «financiera» de Portugal, estuvo bailando un ratito delante de mi familia.

Y tanto me gustó, que le presté la elástica.

¡Oh, qué buen país es éste!

Ya lo iré demostrando en mis crónicas sucesivas.

LUIS TABOADA.

— * —

PUNTOS DE VISTA

—¿Y qué tal el baile?—Hermoso, como alegresavecillas contestó al punto Vicente; yo nunca he visto más gente ni un lugar más delicioso. Se dirían encantados alamedas y jardines... faroles de colorines en los árboles colgados... Y parecía la orquesta, escondida entre las flores, el himno de los amores de un silbo de la floresta. ¿Y mujeres? ¡Ideales! Al agruparse en un punto, semejaban fiel trasunto de los coros celestiales. Todas sin joyas ni galas, de verano, muy sencillas,

como alegresavecillas prontas a tender las alas. Yo, una por una, bailé con ocho o diez... ¡qué sé yo!... ¿Cuál de ellas me pareció más hermosa? No lo sé. ¿Cuál más discreta? Tampoco... ¡Todas igual! ¡Todas bellas! Sería elegir entre ellas cosa de volverse loco. ¿El *buffet*? Yo no le vi; pero, dado que sería espléndido, ¿quién tendría ganas de comer allí? Lo que yo me he divertido a adivinará cualquiera; chico, un baile de primera, el primero a que he asistido.

Tomó mi brazo Ramón
cuando concluyó Vicente,
y me llevó lentamente
á otro extremo del salón.
—Me estaba dando una ira,
me dijo muy sofocado;
todo lo que te ha contado
ese monote es mentira.
Yo no me podré olvidar
del bailecito tan pronto;
lo más estúpido y tonto
que es posible imaginar.
Daba verdadera pena
ver el jardín; parecía
una humilde horchatería
de una noche de verbena.
Y para hacer la ilusión
completa, unos guitarrillos
imitaban á los grillos
con la mayor perfección.
¿Y mujeres? Parecía
que las habían juntado
para dar un anunciado

premio de cursilería.
Yo, está claro, no bailé;
pero una que otra me habló.
¿Cuál de ellas me pareció
más insulsa? No lo sé.
¿Y el *buffet*? ¡Qué porquería!
En estío, sin helados,
y hechos los emparedados
con los sobrantes del día.
Chico, todavía estoy,
al recordarlo, furioso.
¡Qué baile! ¡Qué hacer el oso!
Es el último á que voy.

—El último dice el uno,
y el otro dijo el primero?
Pues entonces considero
que no me engañó ninguno.
Los dos dijeron verdad
al emitir su opinión:
no está el toque en la función,
sino en ellos, en su edad.

EUSEBIO SIERRA.

EL MEJOR AMOR

¡Era muy triste aquello!... El pobre niño,
con gestos de dolor,
en la cuna su cuerpo retorció,
ahogado por la tos...
A veces, con esfuerzo extraordinario
podía murmurar,
llevándose la mano á la garganta:
—¡Pupa! ¡Pupa... mamá!
Y ésta, ya loca en su dolor de madre,
con ansiedad febril:
—¿Quién dispone, exclamaba, quién dispone
que un ángel sufra así?...
¿Se morirá? ¿se morirá? añadía,
volviéndose al doctor;
y éste pensaba, contemplando al niño:
—¡Qué cosas tiene Dios!...
—¡Pero es posible que le pierda! ¡Digo
que esto no puede ser!...
—¿Por qué nacen los niños que se mueren?...
Vamos... doctor... ¿por qué?...
—Pida usted á Dios por él —¡A Dios!... ¡Es cierto!
Nada... voy á rezar...
Y él niño con voz débil repetía:
—¡Pupa, pupa... mamá!...
.....
Todo fué inútil... A las pocas horas
el niño se murió,
y la madre, abrazándole, gritaba:
—¡Es mentira!... ¡No hay Dios!...
Y éste, en el cielo, con pesar profundo,
murmuraba:—¡Es cruel
que cada ángel me cueste que una santa
pierda un poco de fe!
Quise que, por mí solo, me adorase
toda la humanidad...
¡Mas la mujer, en cuanto tiene un hijo,
me adora en él, no más!
Deja á veces por mí padres y esposo...
¡pero á sus hijos, no!...
Soy grande... omnipotente... ¡y sin embargo,
me da envidia ese amor!..

LUIS DE ANSORENA.

UN BOTIJO COMO HAY MUCHOS

I
—Óyeme, cacharrera.
—¿Qué hay, caballero?
—¿Tienes algún botijo
de cuerpo entero,
de esos grandes y blancos
que en fila pones
y que son el orgullo
de los balcones?
—Mire usted, no me queda
precisamente
más que ese pequeñito
que está presente.
—Tal vez haré una compra
disparatada;
porque yo de botijos
no entiendo nada,
y eso que soy manchego

y exdiputado
y estoy con varios nobles
emparentado.
Pero, en fin, qué demontre,
venga el botijo.
¿Cuánto cuesta?
—Seis reales;
es precio fijo.
El cacharro no tiene
forma muy buena
y quizá se rezume
si se le llena.
Pero yo le respondo,
señor don Bruno,
de que refresca el agua
como ninguno.
Puede usted ir contento
con el botijo,
que es como el que ha llevado

la de Clavijo,
y esta señora tiene
por muy seguro
que el botijo hace un agua
que es hielo puro.
—¿Conque hace el agua fresca?
—Como la nieve.
—Bueno, pues dile á un chico
que me lo lleve.

II

—Oiga usted, cacharrera.
—Voy. ¿Qué se ofrece?
—Que este botijo es falso,
según parece.
Mi señor le ha comprado
ya hará ocho días.
—¿Y quién es?
—El del quince,
don Bruno Frías,
que me entrega el cacharro...
—(¡Vaya un salero!)
—Y me manda que venga
por el dinero.
Dice el señor que ha visto
que se rezuma,
lo cual es mala cosa
para el reúma,

y además, que no puede
beber á chorro,
porque tiene dos grietas
en el pitorro.
Pero lo que le ha dado
mayor coraje
es que, aunque le destina
fresco paraje,
no consigue que el agua
se ponga fresca.
—Pues dile que no sabe
lo que se pesca.
—Lo cierto es que el botijo
no vale un cuerno.
¿Cuándo hace el agua fresca?
—¿Cuándo? En invierno.
—Entonces, ¿cómo ahora
la de Clavijo
vive tan satisfecha
con su botijo?
—Porque lo llena de agua,
según se explica;
la echa un kilo de hielo...
¡y está tan rica!
Conque dile á don Bruno
que no comprendo
cómo desprecia tanto
lo que le vendo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

COMPENSACIONES

Vivía en Madrid, hace muchos años, y estos muchos pasan de
ciento, un mozo tan guapo y elegante, tan ingenioso y culto, que
podiera haberse tomado como modelo de belleza y aun de sabiduría;
pero á la vez tan desdichado por pobre, que los codos de su
deslucida casaca solían dejar al descubierto los que debieran cubrir,
y algunos puntos de sus medias la carne de las pantorrillas.

La circunstancia de tener siempre muy cerca un ejemplo de
felicidad, de modo que no podía prescindir de la comparación, col-
maba su desventura.

En el piso principal de la casa en que él ocupaba una buhardilla
miserable, vivía el dueño, no sólo de aquella finca, sino de todas
las del barrio.

Era muy joven; pero juventud más fea, sucia y repugnante es
seguro que no se vió jamás, ni tampoco se vió entendimiento tan
mezquino.

La suerte de éste desesperaba al otro.

¿Es posible, se decía de ordinario, que la naturaleza derrame
sus más ricos dones sobre quien al formar descuidó hasta lo sumo?
¿Es de justicia que hombre tan feo y antipático obtenga el favor
de encantadoras mujeres, y que el más simple de los humanos al-
cance posición, consideraciones y respeto?

Pensaba en esto una noche, revolviéndose en su miserable ca-
mastro, y con tales ideas se quedó dormido.

A la mañana siguiente despertó con extraña inquietud. Había
visto en sueños un hada, el hada de lo imposible; pero no recor-
daba por qué ni para qué.

Cuando trató de vestirse, notó que sus zapatos le estaban chi-
cos, la casaca y los calzones grandes y el sombrero pequeño. Sin
embargo, todas estas prendas las había usado el día anterior.

Inútilmente quiso el pobre mozo darse cuenta de lo que le ocu-
rría. Casi llegó á creer que había perdido el juicio, y más aún
cuando, al contemplarse en su roto espejo, hallóse convertido en
el vecino del piso principal.

El hada de lo imposible había realizado tan extraña trasfor-
mación.

La fealdad y la antipatía del casero millonario habían pasado
al rostro y al cuerpo del modesto inquilino; pero la riqueza se es-
taba donde estuvo, es decir, que el vecino de la buhardilla conti-
nuaba tan pobre como antes.

También en su entendimiento se había operado un cambio in-
comprensible: quedó idiota para los demás y sabio para sí; de
modo que discurriendo con su antigua lucidez y concibiendo como
antes grandes proyectos, al ejecutar sólo resultaban torpezas.

Era ya ésta demasiada desdicha.

El pobre mozo habría llegado, aunque con pena, á resignarse
con su repentina fealdad. A ser pobre estaba acostumbrado desde
su nacimiento; pero su sabiduría le había hecho confiar hasta en-
tonces en un lisonjero porvenir y facilitádole medios, aunque
exiguos, en el presente.

¿De qué viviría ya, careciendo de sentido y de rentas?

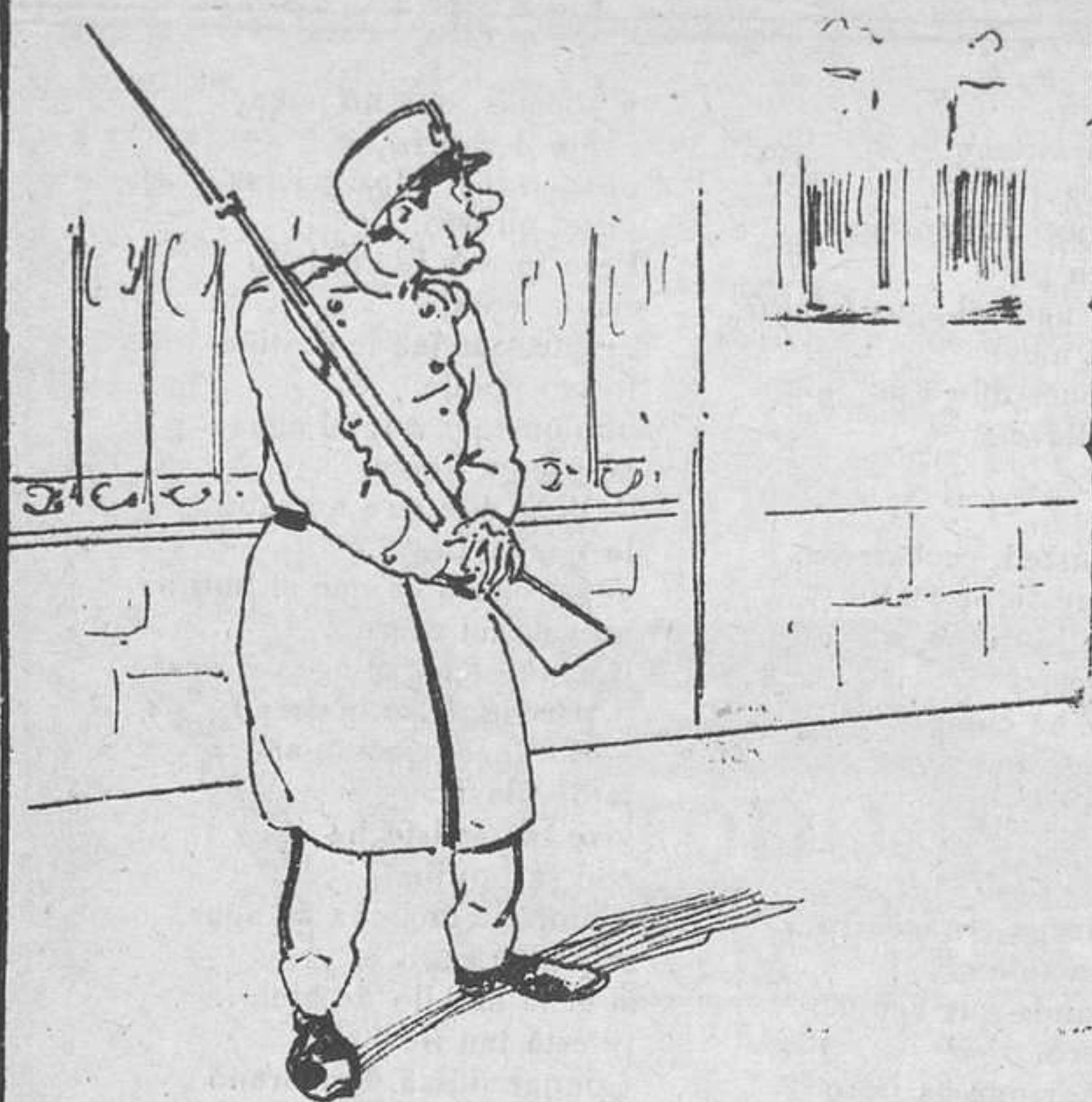
Muertas, pues, sus esperanzas y sus ilusiones, no pudo resistir
los horrores de la realidad y decidió quitarse la vida.

Trepó con tal objeto á la ventana de su cuchitril y, de pie sobre
el borde inferior, lanzó su pensamiento á las alturas antes de lan-
zar su cuerpo á los abismos.

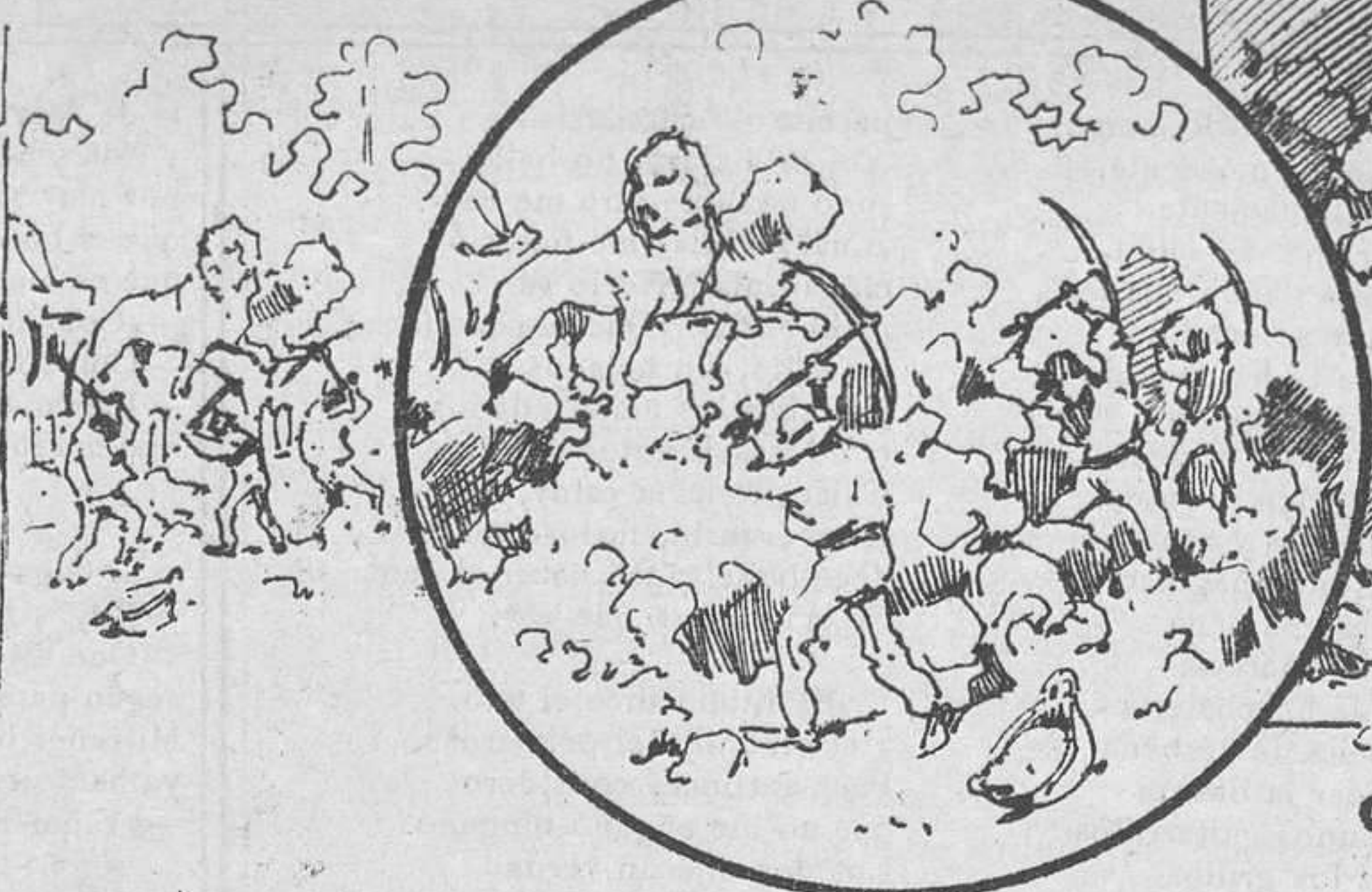
Cerró los ojos, sintió desvanecimientos, perdió el sentido y
cayó. Pero no de cabeza á la calle, sino de espaldas y dentro de su
cuarto.

Cuando volvió en sí, halló cerca de él al hada de lo imposible,
que le dijo al observar su asombro:

LA FUENTE MISTERIOSA



El centinela del ministerio de la Guerra vió una mañana una legión de cavadores.



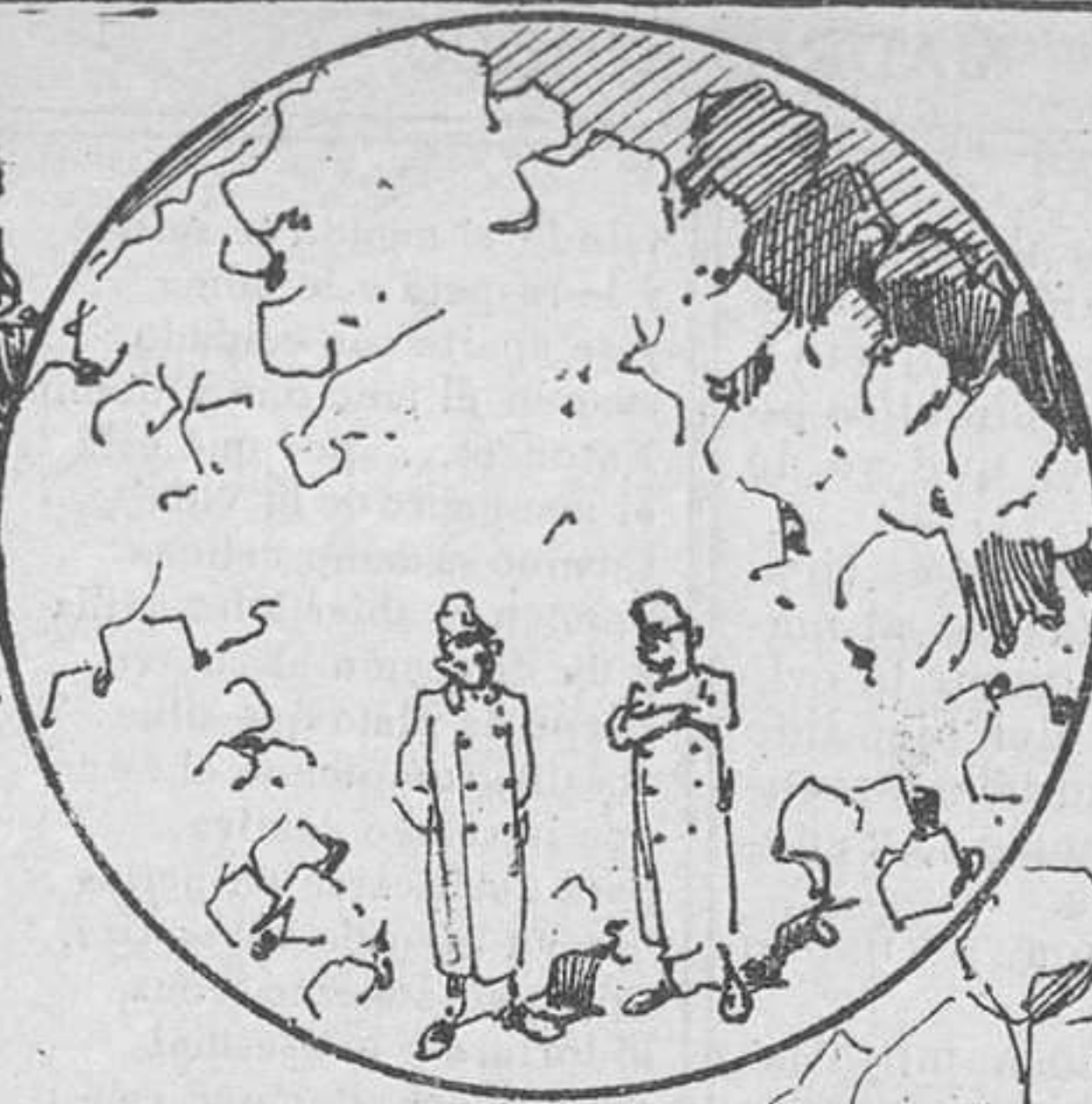
Que cavando, cavando, levantaron un montón de escombros.



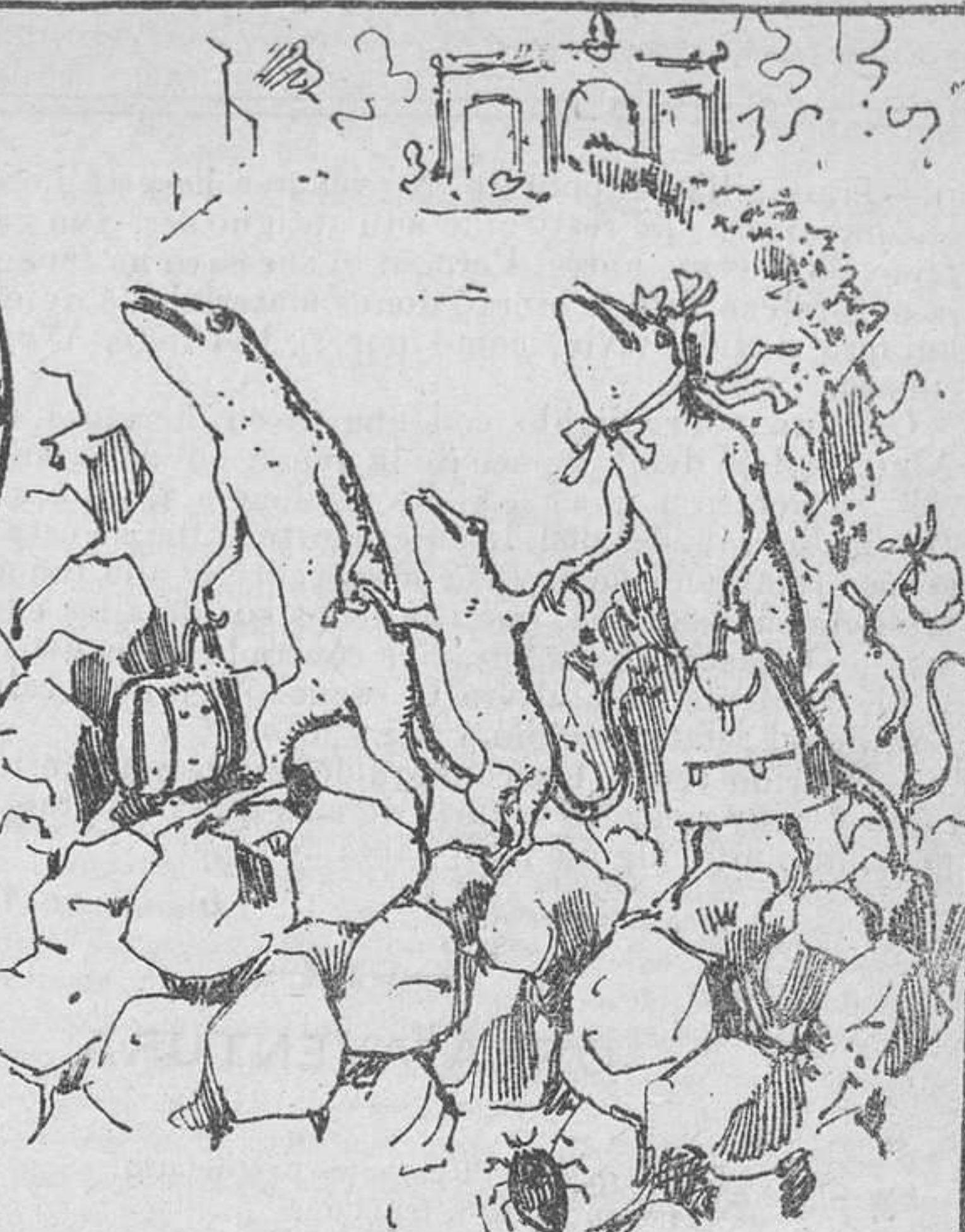
Que llegó á ser imponente.



Y una vez levantado el montón, se alejaron tranquilamente.



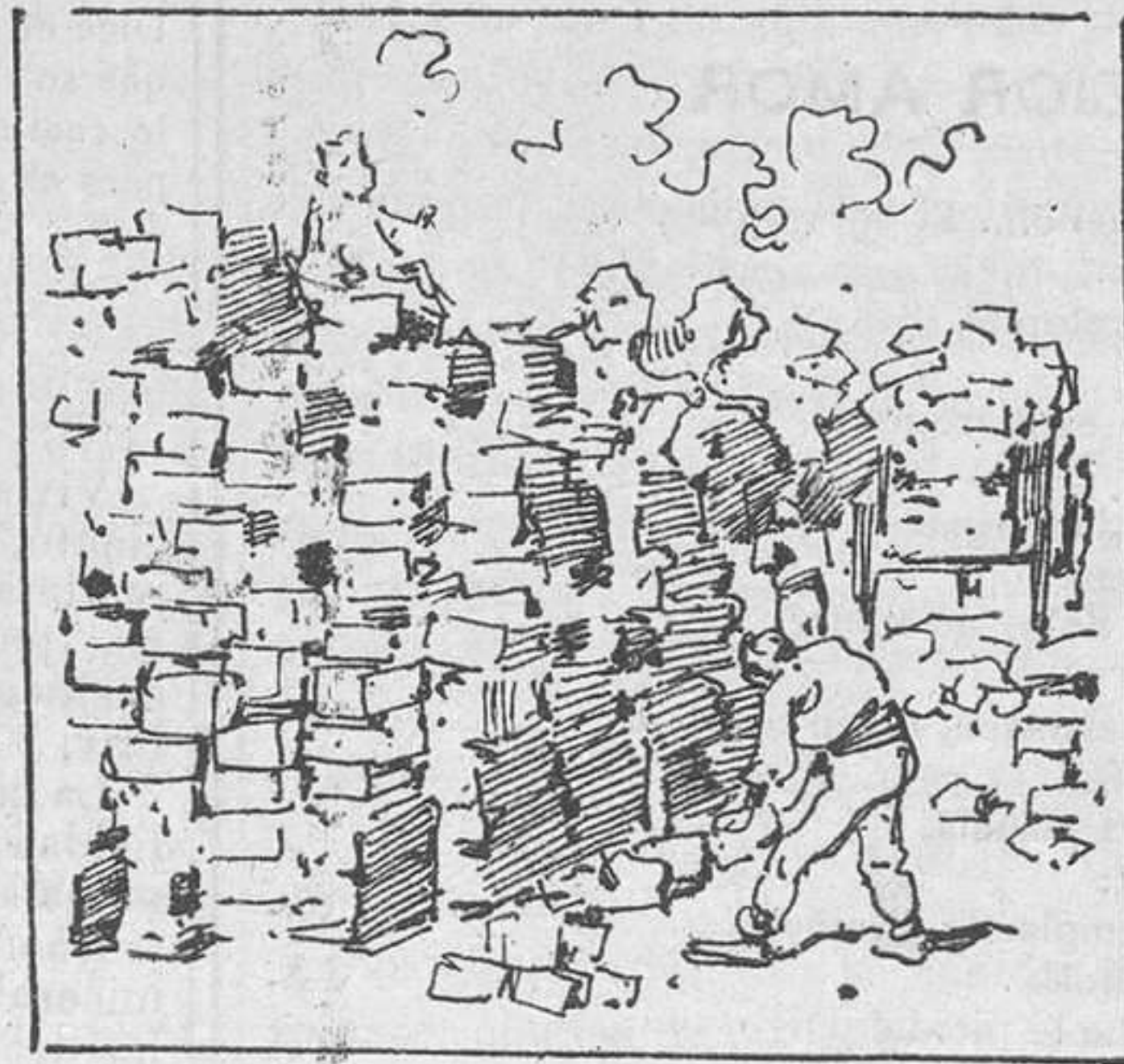
Y pasó mucho tiempo.



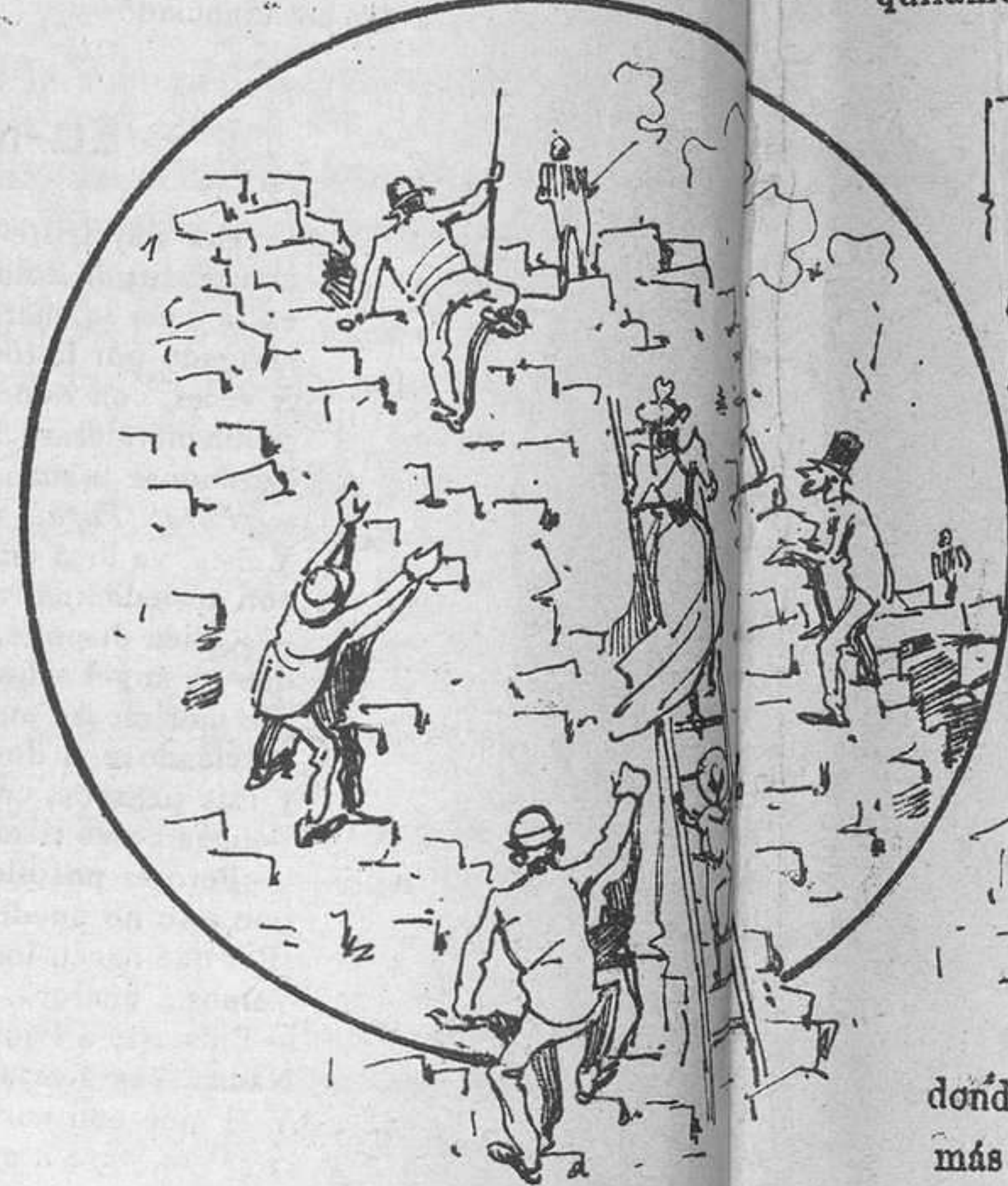
Familias enteras de alimañas llegaron de lejanas tierras á tomar posesión de aquellos sus dominios enclavados en el sitio más céntrico de la capital.



Y la prensa puso el grito en el cielo.



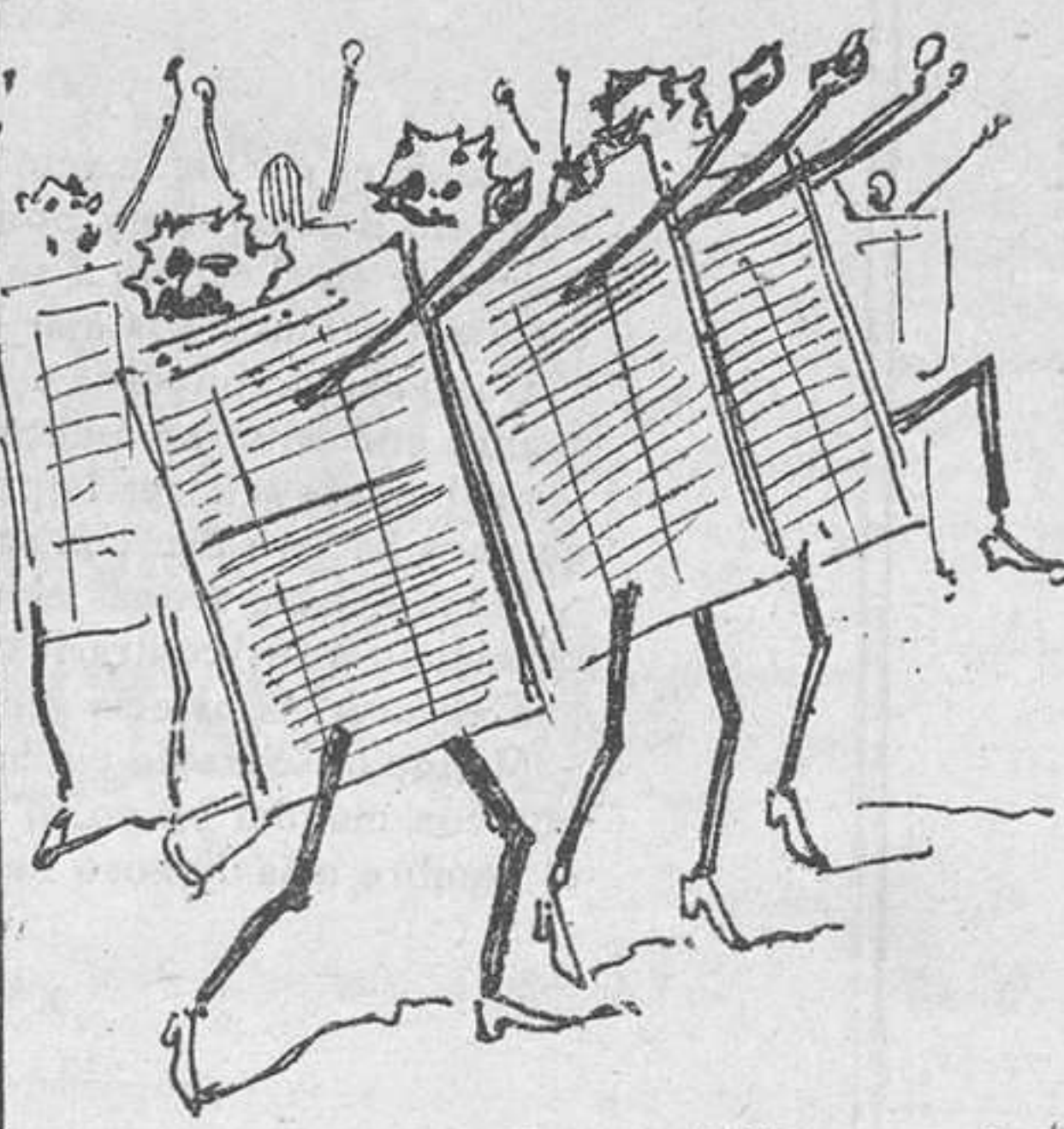
Tanto que de nuevo empezaron las obras y trajeron adoquines y más adoquines,



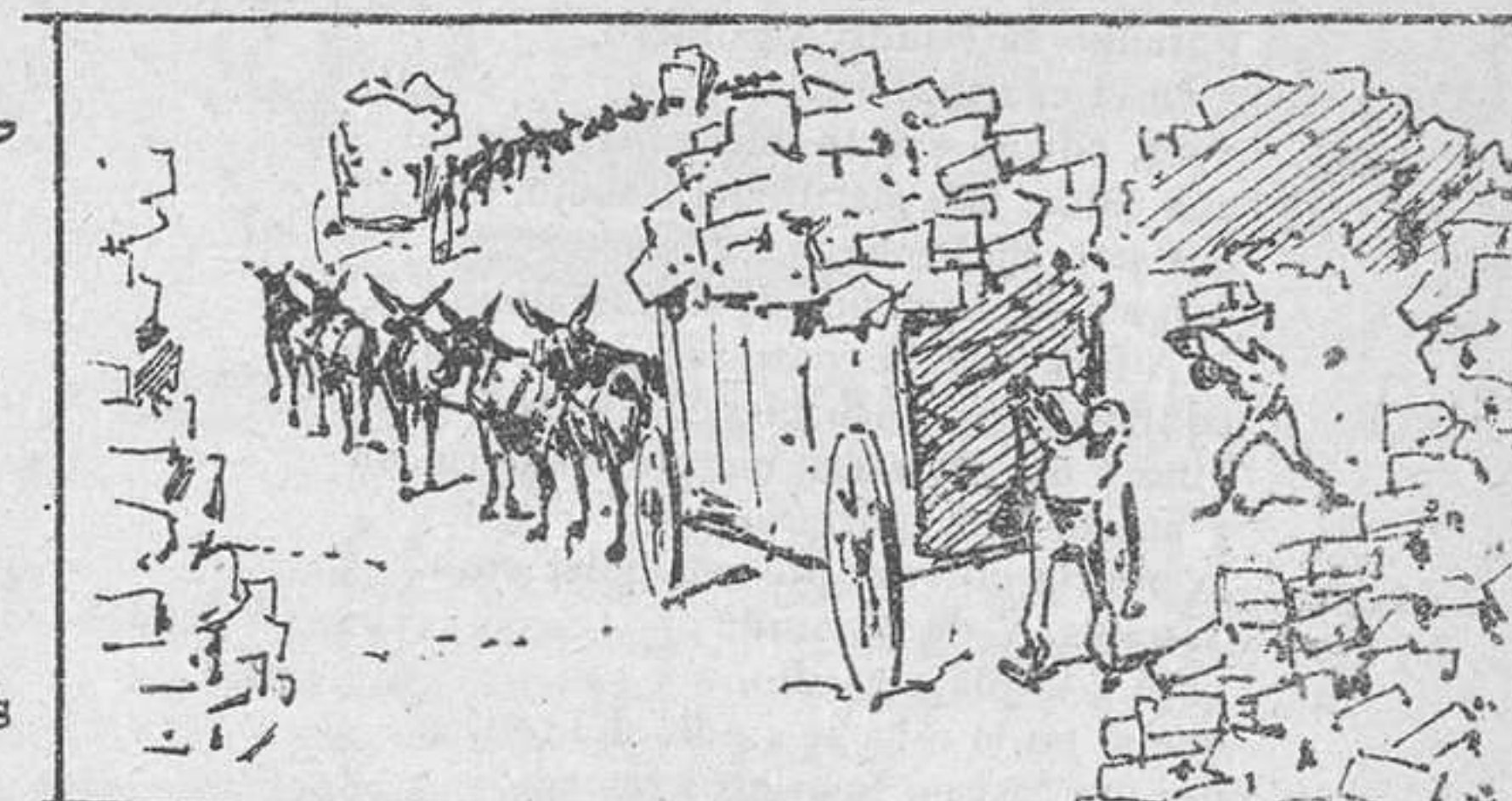
que convirtieron la entrada del pasaje en un desfiladero del Montblanc,



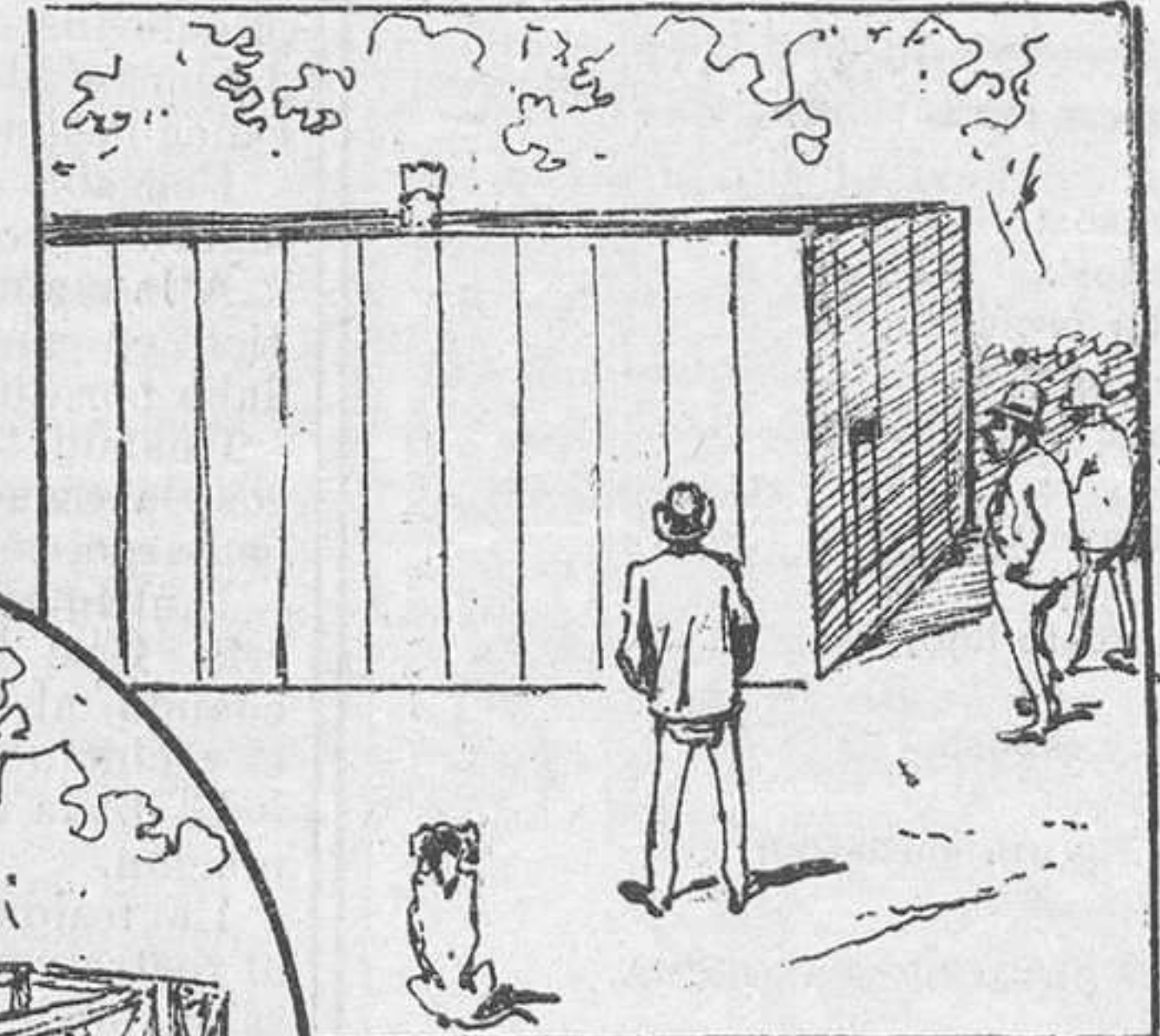
donde ocurrían á todas horas los más lamentables accidentes.



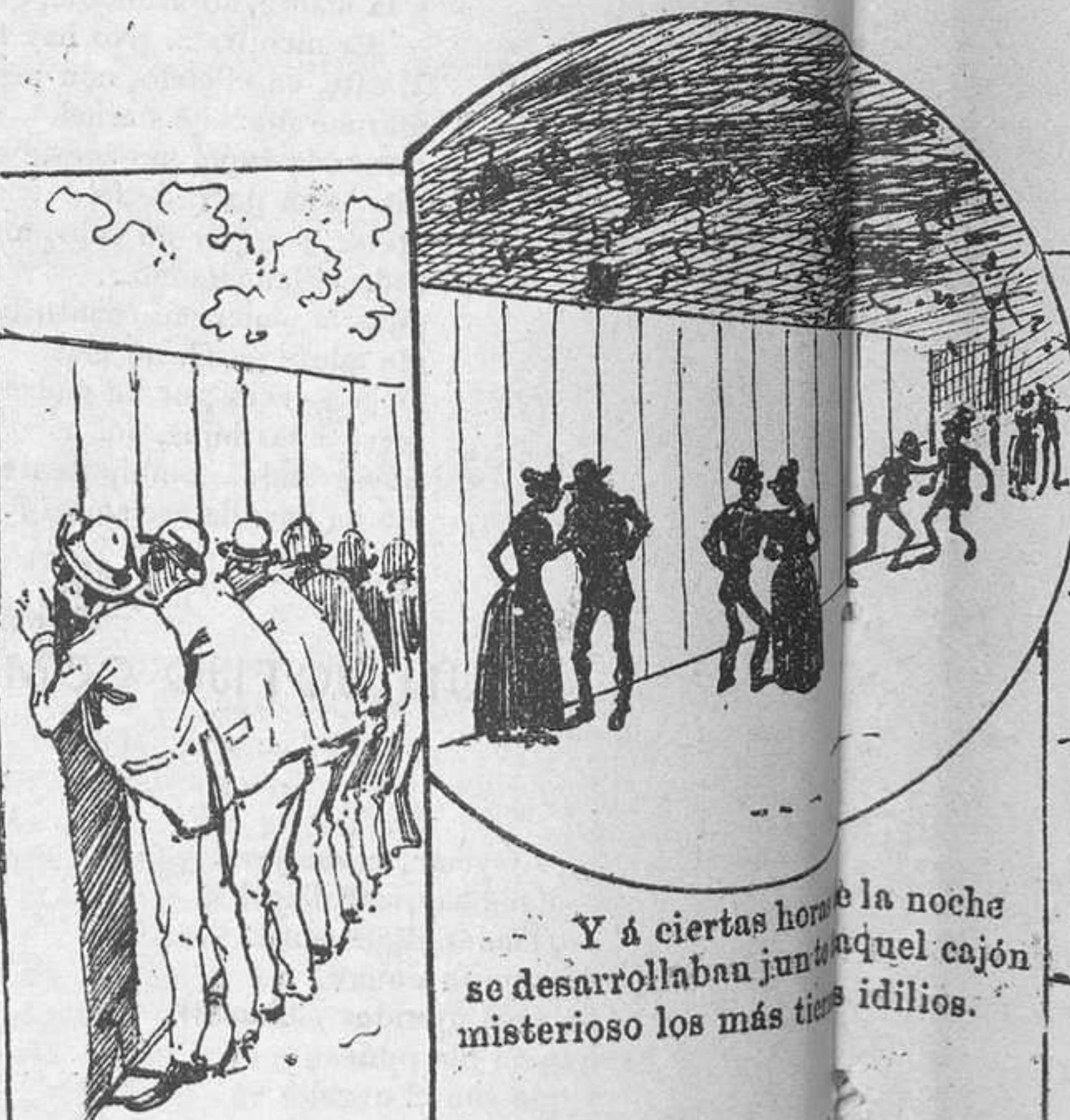
Y á todo esto los periódicos... gritos y más gritos y quejas y más quejas.



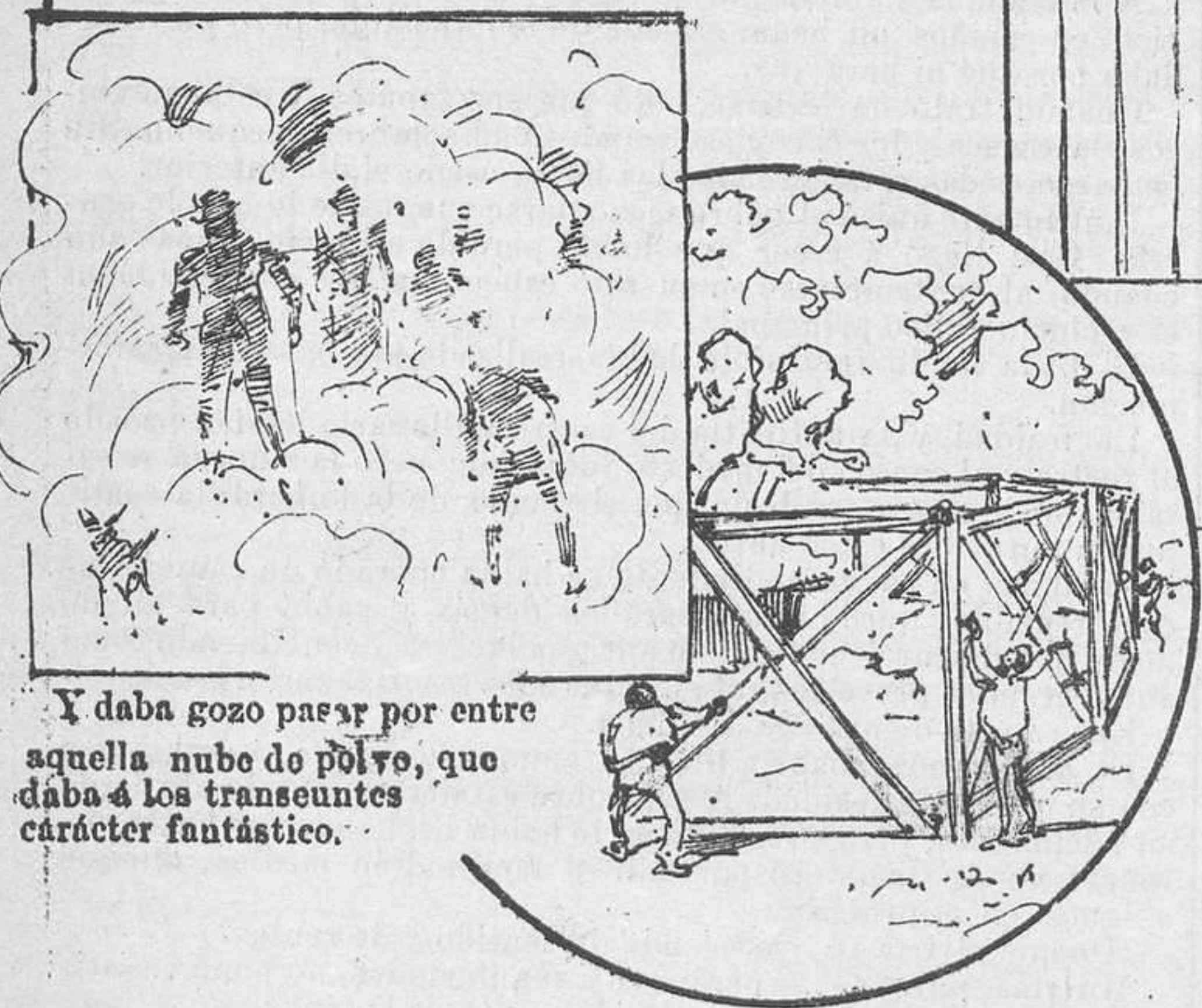
Por lo que se reanudaron las obras... trasladando de nuevo los adoquines.



Á la que añadieron una hermosísima valla.



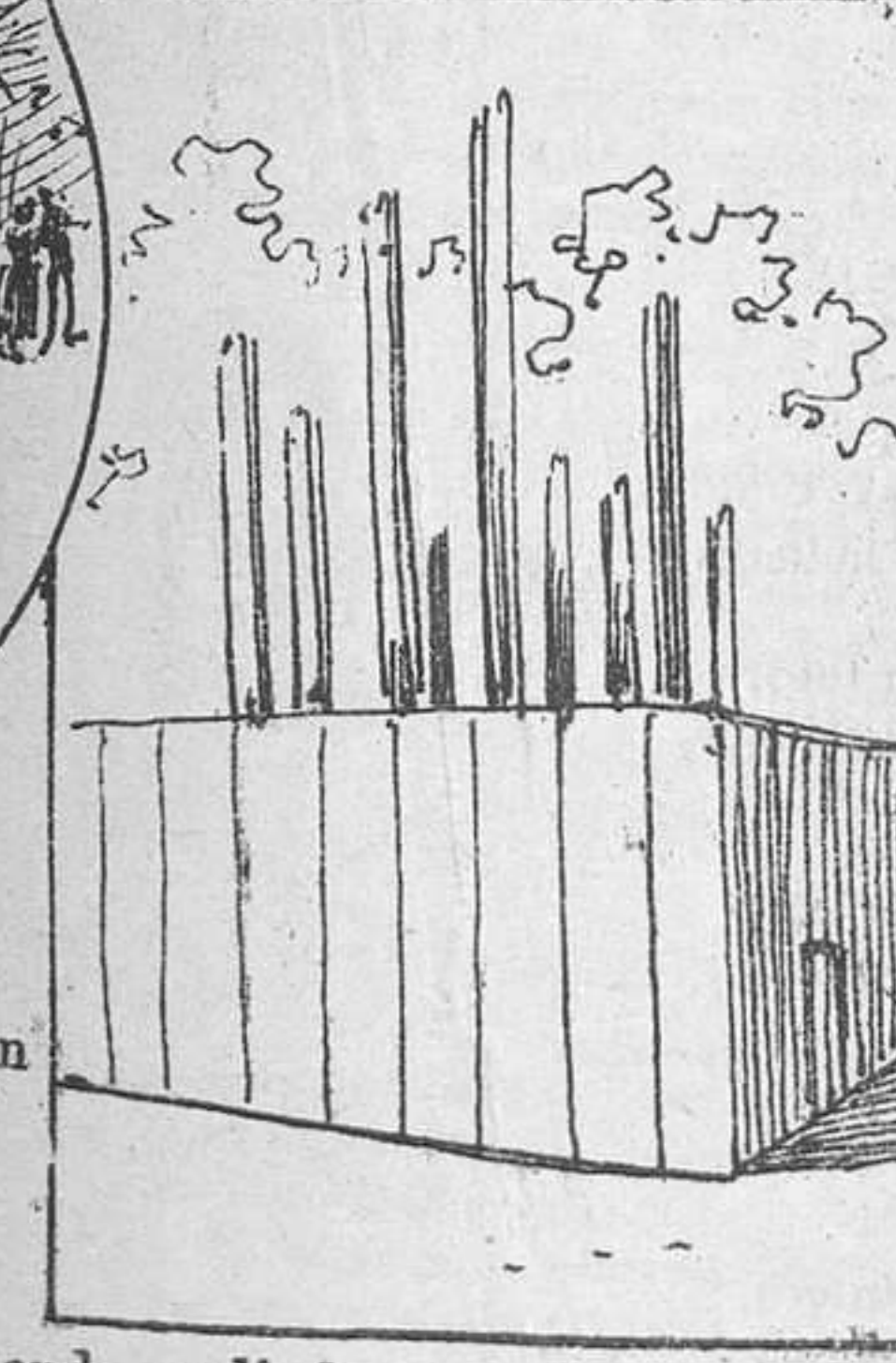
Y á ciertas horas de la noche se desarrollaban junto á aquel cajón misterioso los más típicos idilios.



Y daba gozo pasar por entre aquella nube de polvo, que daba á los transeúntes carácter fantástico.

Hasta que un día volvieron á empezar, esta vez muy en serio, formando una artística combinación de maderaje.

Que era la desesperación de los curiosos, que no podían saber lo que había dentro.



Cuando nadie lo esperaba, empezaron á brotar de la tierra palos y más palos.



Y ante la dificultad de averiguar lo que era aquello, empezaron á arrebatarse la existencia los más desesperadamente curiosos.



Veinte años después... se empezará á deshacer el encanto.



Y hé aquí lo que aparecerá ante los ojos de la generación venidera.

—Tranquilízate, pobrete. No vengo á hacerte daño alguno. Por el contrario, te he restituído á tu antiguo ser. Tan galán y tan discreto estás como antes. Pero en lo sucesivo no taches de injusta á la naturaleza porque otorgó dones materiales á quien sin ellos no hubiera podido vivir, como por tí has visto. Y oye, que va de cuento:

Casó un pobre diablo con una joven, hermosa, discreta y rica. Algo se dejó decir á poco de la dama, que hizo sospechar al marido, y merced á una exquisita vigilancia, llegó á adquirir la evidencia de la infidelidad de su consorte. Libróse ésta del ofendido esposo refugiándose en casa de su padre, y allá fué aquél á lamentarse de su desgracia, que con todos sus detalles expuso á su suegro, no escaseando los agravios contra la delincuente.

El padre de la adúltera le escuchó con gran calma, y cuando terminó el relato, rompió á reír y dijo:

—Querido yerno, has conseguido mujer muy hermosa, muy discreta y muy rica. No estaría de más que fuese también honrada; pero, hijo mío, alguna falta había de tener.

LUIS CALVO REVILLA.

OTRA AVENTURA

El marqués del Remonte, propietario de casas en Madrid, tenía una que, según tasación del inventario, representaba sola una fortuna.

Allí, en el principal, tan guapamente habitaba el marqués, independiente, rico, feliz, soltero, gozando su salud y su dinero, y en el cuarto derecha vivía, con su suerte satisfecha, una chica, una mártir del trabajo, que parecía hecha con sal de Lavapiés de arriba abajo.

A fuerza de encontrarse en la escalera con la pobre muchacha costurera, vino á dar el casero en que era hermosa y acaso, si él quisiera, la podría obtener por cualquier cosa. Y quiso. Y de tal modo puso á la plaza asedio, que al fin la niña se rindió del todo... porque casi no tuvo otro remedio.

El diablo en el amante afortunado borró las huellas del amor fingido, y el placer tanto tiempo ambicionado fué más pronto olvidado que sentido. Y como el hombre no creía en nada, no creyó en el dolor de aquella chica, que le oyó con el ansia de ser rica y acabó por quererle enamorada. Mientras ahito y hartó buscaba otros placeres del momento, sufría la infeliz del piso cuarto soñando con su amor, que era un tormento.

La conciencia entretanto la oprimía con la idea cruel de no ser buena, y el dolor apretaba la cadena, más pesada y más dura cada día. Sin trabajo, sin pan, abandonada, viéndose deshonorada, lloraba sin cesar, lloraba tanto que se le iba la vida con el llanto...

Una mañana, en fin, medio dormido creyó oír el marqués extraño ruido. Se incorporó en la cama, mal despierto, y preguntó á un criado:
—¿Qué ruido es ése, Pedro? ¿Qué ha pasado?
—La del cuarto derecha que se ha muerto.
—¿Qué demonio! (pensó) ¿Conque era cierto?... Y se volvió á dormir del otro lado.

SINESIO DELGADO.

EL MANGUERO DE LA VILLA

¿Qué tiene? ¿Por qué está triste el manguero de la Villa?
Dueño y señor de la manga,
él á su gusto la estira,
la retuerce á su capricho
y como quiere la enfila;
la sube á los entresuelos,
limpia el rail de los tranvías,
moja un puesto de verduras,
le da un baño á una berlina,

riega al pobre transeunte
con la beatitud tranquila
del que riega una maceta
de nardos ó clavellinas;
rey del Lozoya, á su gusto
lo escatima ó lo prodiga.
¿Que quiere un charco? Lo hace.
¿Que deja en seco una esquina?
Es igual. Nadie le increpa.
Él tiene su autonomía,

y todo el mundo le sufre
y le respeta y le mima
y se aparta con cuidado
cuando él funciona y domina.
Entonces... ¿por qué está triste
el manguero de la Villa?
Cuando su mano callosa
pone en la abierta boquilla
y da dirección al chorro,
sierpe de plata que silba
al salir, rompiendo el freno
que la retuvo cautiva,
para deshacerse en perlas
que un rayo de sol matiza,
¿qué pensamiento tenaz
le tortura y le asesina?
¿Qué tiene? ¿Por qué está triste
el manguero de la Villa?

¿Qué desdichas le maltratan?
¿Qué dolores le aniquilan?
¿Es falta de numerario?
¿Son desgracias de familia?
¿Por qué su tostada frente
surcan arrugas sombrías
y hay una mueca angustiosa
en su boca contraída?
¿Es que le carga el empleo?
¿Es que el regar le fastidia?
No tal. Es que sufre el pobre
una pena horrible, íntima.
Es que le ataraza el pecho
el torcedor de la envidia,
Es que el suplicio de Tántalo
en él se encarna y anima.
¡Regar! ¡Verter agua él...
que no la probó en su vida!

E. NAVARRO GONZALVO.

CONCURSO DE SONETOS (1)

XXIII

Á MI MUSA

Mande el rey en su reino noche y día
en medio del orgullo y pompas reales,
y derrote en el campo á sus rivales
ó entre las olas de la mar bravía.

Conquisten con furor á sangre fría
cuanto encierran los puntos cardinales
los soberbios señores imperiales
que nos hacen sufrir con saña impía.

Mande en sus tropas el caudillo fiero
venciendo á los contrarios en la guerra
con el furor, la astucia y el acero.

Mande el supremo en cuanto el cosmos cierra,
que con mandar yo en tí, me considero
el hombre más dichoso de la tierra.

El moro Tarfe.

XXIV

EL OSO

Sobre farol ó esquina se recuesta
frente al nido feliz de sus amores,
en el alto balcón lleno de flores
puestos los ojos y la vida puesta.

No el tránsito continuo le molesta,
y de Enero aguantando los rigores
y en verano del sol los resplandores,
le moja el agua y el calor le tuesta.

¡Y aun conozco un sujeto que se atreve
á decir, convencido, que no existe
puro amor en el siglo diez y nueve!

¿No ha de amar con pureza quien resiste,
ya el calor, ya la lluvia, ya la nieve,
y hace un papel tan cómico y tan triste?

El oso muerto.

XXV

Á FABIO

Sepa la que eligieres por esposa
diligente cumplir con sus deberes,
y contarás tus horas por placeres
y te será la vida deleitosa.

Cuida que sea buena y virtuosa
y que te quiera como tú la quieres;
nunca te guíe en la elección que hicieres
la codicia villana y vergonzosa.

Quien busca la mujer como un tesoro
que acreciente tal vez su escasa hacienda,
venciendo así su amor y su decoro,
sigue temible y peligrosa senda;
que mujer que te compra con el oro,
no será extraño que después te venda.

Un moralista.

XXVI

Á MI PLUMA

Queda, quédate ahí, junto al tintero,
llena de polvo, abandonada y quieta...
no me peta cogerte, ni me peta
en tinta hundir tu corazón de acero.

Hoy con rabia y sonrojo considero
que nunca me has valido un peseta,
y que al tomarte haciéndome poeta,
me hice tan solamente majadero.

(1) Esta semana se han recibido cincuenta y uno.

¡Aléjate de mí! no te permito
que toques el papel, pues me encocora
la serie de sandeces que has escrito.
Inerte yacerás hora tras hora,
y ya ni un verso harás, te lo repito...
¡Escribiré con lápiz desde ahora!

Fernán-González.

XXVII

MI JARDÍN

Yo, que adoro las flores con pasión
y nunca tuve lujos de jardín,
me atengo á tus encantos, pues al fin
encantos de mujeres flores son.

Así, por el poder de la ilusión,
será mi azahar tu pie chiquirritín,
tu mano diminuta mi jazmín,
tu talle la palmera de cajón.

Veré en tu seno lirios á granel,
en tus mejillas rosas de Stambul,
me servirá tu boca de clavel,
y tu mirada, clara como el tul,
será de mi económico verjel
el cielo siempre alegre, y siempre azul.

Un rezagado.



Leo:

«Hoy ha recibido el Sr. Sagasta, con motivo de la boda de su hija, inmensos telegramas de felicitación...»

¡Hola! ¿Conque telegramas
inmensos... como la mar?

¡Pues ya es suerte la del jefe
del partido liberal!

¡Como que recibe unos telegramas que no le caben en la cabeza á ningún
¡acido!

En cambio, la joven recién casada ha entrado con mal pie en el matrimonio.

Porque todos los revisteros del género se han echado á buscar parralitos encomiásticos, blondas, perfumes, hadas, ángeles, etc., etc. ¡Y dudo ya que se hayan escrito más cursilerías para celebrar la boda de nadie!

Triste cosa es ser periodista ministerial.

Porque á lo mejor dice el Gobierno que si no se aprueban las tarifas de ferrocarriles bajará la Bolsa de un modo escandaloso, y luego se cierran las Cortes sin dejar pasar el proyecto, y la Bolsa sube como la espuma.

¡Y tiene uno que descrismarse para demostrar que setenta es una cantidad menor que sesenta y cuatro!

Gil por una quisicosa
se disgustó con Bonanza,
y de ello tomó venganza
fugándose con su esposa.

Y ensalzando á los amantes,
dijo el esposo ofendido:
¿Por qué no habremos reñido
unos cuantos años antes?

MIGUEL ALMANSA.

Los padrinos de los Sres. C. y R. están concertando un duelo á pistola, y tropiezan con la dificultad de que C. es buen tirador y R. en su vida las ha visto más gordas.

El espíritu de justicia les hace buscar una solución que equilibre las fuerzas, y la discusión se va haciendo larga, hasta que uno de los padrinos, dándose una palmada en la frente, exclama:

—Señores, no hay que devanarse los sesos. Ya tengo la idea. ¡Que R. se coloque á veinticinco pasos de C. y C. á quince pasos de R., y que tiren á un tiempo!

Una noticia:

«La excelentísima señora condesa de... ha llegado de Alicante en la tarde de ayer, y probablemente saldrá muy pronto para su posesión del Norte.»

¡Y á todo esto nosotros sin saber dónde irá á veranear nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez!

Cuya personalidad es, por lo menos, tan interesante como la de la señora condesa.

En el número próximo termina el concurso de sonetos.

Como pudiera suceder que alguno de los publicados no fuera inédito, y nosotros corriéramos el riesgo de premiar una composición conocida, y como no tenemos la obligación de saber de memoria cuantos sonetos se han escrito en este mundo, suplicamos encarecidamente á los lectores que, si han encontrado ó encuentran algún gazapo de esa especie, nos lo avisen en seguida.

Y Dios se lo pagará.

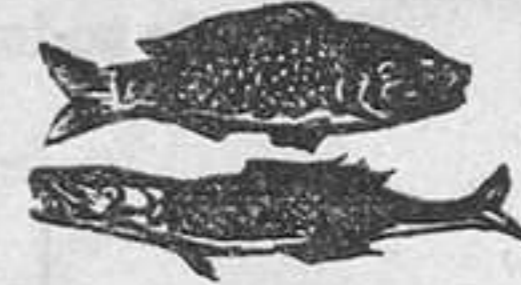
Libros:

El botón de muestra, opereta cómica, en un acto y en verso, letra de D. E. Fernández Campano, estrenada recientemente con gran éxito en el Teatro del Tivoli. La música es del maestro Valverde (hijo).

Hojarasca titula el distinguido dibujante D. Ramón Escaler á un precioso libro de caricaturas, historietas y cuentos que acaba de publicar en Barcelona. Si nuestro amigo pudiera enviarnos los clichés que con esta fecha le pedimos, pronto daríamos á nuestros lectores una muestra de lo que es su última obra. Cuesta el tomo una peseta.

Flores y frutos, colección de bellísimas poesías de D. Francisco Rodríguez Marín, que con la *Pragmática del tiempo*, de que publicamos una parte no hace mucho, nos dió brillante prueba de ser prosista ingenioso y castizo, y en este libro demuestra también ser poeta de veras. Precio, 2,50 pesetas.

Salvador y Salvadora, pasatiempo musical, en un acto y en verso, letra del Sr. Fernández Campano, música del maestro Nieto, estrenado con gran aplauso en el Tivoli.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Anrogon.—Cada semana se escogen los que han de publicarse de los que se han recibido hasta aquella fecha, y se publican efectivamente. De modo que si no los ha visto usted ya ó los ve en este número, es señal segura y cierta de que no entran en concurso.

El de antes.—Tampoco está mal hecha del todo. El asunto es lo que no me gusta. Piense usted algo nuevo... ó relativamente nuevo.

A. B. C..—Pues mire usted, trabajando un poco podía usted llegar á dominar la forma, que no es cosa del otro jueves. Y huya usted de hoy para siempre de los asuntos *cursis*.

K. ri. k. tura.—Tienen bastantes inconvenientes,
si he de ser franco,
las moralejas incongruentes
con sus salidas de pie de banco.

Fray Cañón.—Aparte del asunto, que es vulgar como él solo, tiene algunos versos que no lo son precisamente.

Ejemplo:

«que diera remedio á mi amor profundo.»

¡Ya ve usted lo mal que suena!

Pandereta.—Queda admitida; se publicará.

Sr. D. L. G. P..—¡Qué lástima que acabe la composición con una vulgaridad tan grande!

Roquete.—Muchas caballerías
que están trillando
dirán:—¡Así nosotras
versificamos!

Docot Jack.—Puede usted enviar lo que guste, que aquí estamos precisamente para eso, para leer con verdadero interés todo lo que venga. Puede hacerse el traslado que dice.

Sr. D. R. M..—Me tuteas ¡voto á san!
y me pones en un potro,
porque, como dijo el otro:
¡No te conozco, don Juan.

Campos.—Esta vez le ha salido á usted flojita la composición. Menos mal si no sucede siempre lo mismo.

El dios de las aguas.—¡Hombre! Muy bonitos versos para decírselos á la interesada; y cuanto más cerquita y más bajito, mejor.

Roto.—¡Ay, señor de Roto,
qué mal le ha salido!
¿Usted es el que falta
para un descosido?

Sr. D. A. de S..—La silva es mala. Ó por lo menos á mí me lo parece, y dispense usted que se lo diga.

Un conocido.—El poner *dividida* por *multiplicada* hace oscura la idea. Y más vale, porque es un poquito fuerte.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



Las horas de fastidio
se hacen instantes
con las fotografías
interesantes.
(Catálogo, 50 céntimos en sellos.)
The Publishing Office.—Amsterdam.



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



—¡Esta muela está podrida!
¡Esta muela está cariada!
¡No se me cura con nada!
—Pues sácatela enseguida.
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Hoy es mi dolor profundo,
y en cuanto Rubio me afeito,
ya pensaré que está el mundo
en una balsa de aceite.
Peligros, 10 y 12.



Ni te embarques ni te cases
sin ver que *Pesquera* saca
americanas de alpaca
de todos precios y clases.
Majdalena, 20.



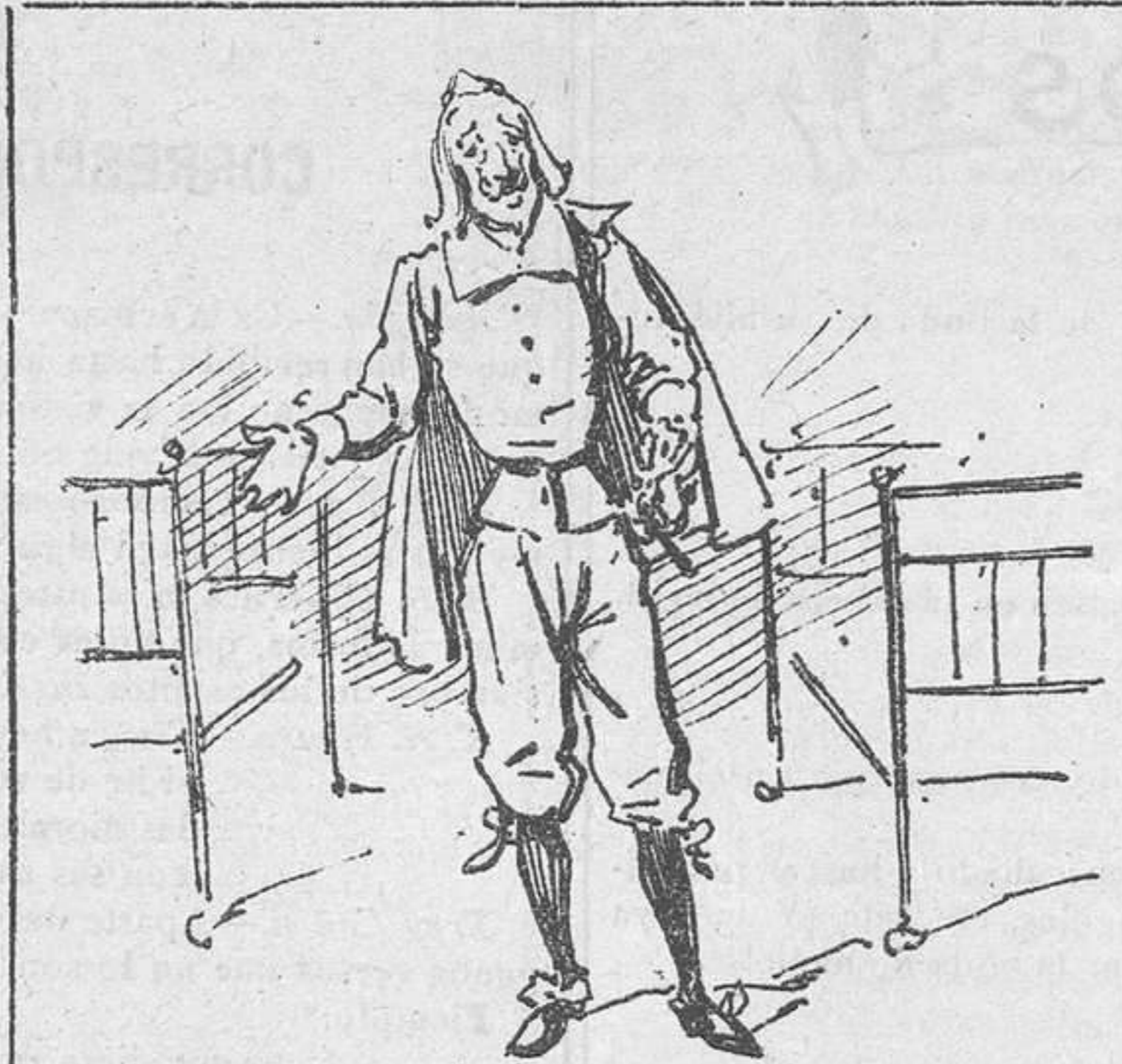
Para endulzar la existencia,
el amor de una mujer;
para librarse del cólera,
cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



En *Lis Tulleris*
abonos baratos,
y todos los días
variedad de platos!
Matute, 6.



Con ocho ó diez camisas
de casa de Martínez,
se llenan de la vida
los sacrosantos *finex*.
San Sebastián, 2.



Que estiren ó aflojen
el *modus vivendi*,
me importa un comino
porqueno lo entendi.
Bazar de la plaza de la Cebada, núm. 1.

Lo que sí comprendo
es que hay á docenas
camitas de hierro
baratas y buenas.



Aguardiente anisado
de *El Imparcial*,
tónico, digestivo
y estomacal.
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



—Mi relojito tiene
muy malas mañas.
—¡Sí! Pues esos defectos
los quita Brañas.
Matute, 12.



Aunque pequen cuanto quieran,
no se lleva Satanás
á todos los que se afeitan
en el salón de Tomás.
Alcalá, 40.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO